

LIBROS

Susan Sontag, revisionista

«Estamos en una de esas épocas donde la actitud interpretativa es en gran parte reaccionaria, asfixiante...». Quien opina es Susan Sontag, norteamericana de 1933, crítico literario en el «Times», de Nueva York, en «Partisan Review», novelista, escritora, viajera por Vietnam del Norte, realizadora de cine... Su libro de ensayos «Contra la interpretación», edición española de Seix-Barral—se ha convertido en «best-seller» en determinados niveles culturales de U.S.A. Sin prejuicios intelectuales, con desenfado y hasta con una gracia que algún retrasado calificaría en seguida de femenina, la Sontag despliega su visión—no interpretativa—sobre ciertos temas que pueden parecer sobrepasados y sobre otros cuya clave no tiene, aquí, la mayoría. Por vez primera seguramente, en una cultura aferrada a sus mitos, se alza una voz saludablemente irrespetuosa, que se atreve a preguntarse—y a responderse—por qué no se habla hoy para nada de Albert Camus (porque no es verdaderamente grande como escritor y porque su pensamiento es débil); que llama a Lukacs, sin ningún miedo, reaccionario porque éste niega toda validez a lo que denomina «la vanguardia»; que admira la violenta, desgarrada—y para algunos obscena—sinceridad de Michel Leiris; que no comulga con las ideas de Simone Weil, pero se siente ganada por lo absurdo de su vida, por su martirio físico, por su virulenta originalidad; que observa la «reiteratividad lúgubre» del «Saint Genet», de Sartre, pero no duda en afirmar que «está plagado de ideas profundas y sorprendentes», y que, por último, realiza una vivisección de la sensibilidad «camp» que constituye un ensayo magistral sobre este fenómeno estético cuya llave ella nos proporciona.

Entre nosotros, pertenecientes a un mundo cultural presidido por el «espíritu de seriedad» de una mitología asentada sobre sólidos prejuicios, el libro de Susan Sontag asom-

bra y desconcierta a la beatería literaria, cuando no la inquieta o la indigna. Los hay que se han sentido traumatizados por su radical reproche al autor de «El asalto a la razón», o por sus compasivos juicios sobre la obra del «escritor-marido» Albert Camus, «el marido ideal de las letras contemporáneas» que despierta toda clase de efímeros sentimientos, pero en el cual no es posible encontrar «ni arte



ni pensamiento de primera calidad». La Sontag se dedica así a demoler, con ejemplar agudeza, las figuras más reverenciadas, los intocables de la cultura occidental. Su brillantez hay que buscarla, sin embargo, no en la resuelta desevoltura con que pulveriza los más equilibrados pedestales, sino en la exposición de su propio pensamiento, especialmente en su defensa del estilo y en el ensayo «El artista como sufridor ejemplar», en el que formula reflexiones a partir de la experiencia, en la vida y en la literatura, de Cesare Pavese. Ya hemos mencionado su estudio sobre la sensibilidad «camp», formalizado en cincuenta y ocho notas breves; es justo citar el ensayo que le sigue, «Una cultura y una sensibilidad», franco y original planteamiento de su propio esquema estético.

Sí, esta demolición sistemática de los mitos y esta voluntad de apertura a una sensibilidad nueva asombra y escandaliza. No obstante, y aunque no está justificado un enfoque de este origen, las reflexiones de la Sontag adquieren en nuestro ambiente un carácter progresivo. Disolventes, con eficacia, de la esclerosis generalizada que aqueja al aparato crítico en vigor, fuerzan de este modo una revisión a fondo de convenciones que se mantienen por inercia o pereza mental. Depuradoras y revulsivas, vienen a enseñarnos, de golpe, a emprender, sin prejuicios y a cuerpo lim-

pio, una operación valorativa de obras-tabú probablemente averiadas, probablemente corroidas por el tiempo, y que tal vez no soporten, por tanto, los cambios de sensibilidad que se están registrando. He aquí cómo un libro supuestamente menor, colección de trabajos periodísticos de una muchacha norteamericana decidida a desacralizar mitos en apariencia inconvertibles, puede dar lugar a una larga y necesaria empresa revisionista. ■ EDUARDO G. RICO.

La ciudad utópica

«Cuando está a punto de cerrarse el proceso de urbanización en los países industrializados, Henri Lefebvre declara en "El derecho a la ciudad" que "la vida urbana todavía no ha comenzado. En la actualidad, concluimos el inventario de los despojos de una sociedad milenaria en la que el campo ha dominado a la ciudad"».

«¿A qué vida urbana se refiere el filósofo francés? Los más conspicuos podrían pensar en una ciudad planificada según criterios de funcionalidad. Y no es de extrañar, ya que las reivindicaciones más recientes no han pasado nunca de este plano: más viviendas, mejores servicios. Se trataría de corregir, a lo sumo, la subordinación de la sociedad urbana a la industrialización y denunciar la irracionalidad provocada por la especulación



HENRI LEFEBVRE

del suelo. Pero H. L. da esto por supuesto. El apunta más lejos, a un nivel superior: el que viene exigido por una serie de necesidades humanas no satisfechas e incluso enfocadas por la cotidianidad en la sociedad burocrática de consumo dirigido: necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas...

H. L. descarta tres tipos de urbanismo que suelen llevar a la confusión: a) el de los

Un día en la vida de A. I. Solhenitsyn

Aleksandr Isayevich Solhenitsyn, autor de «Un día en la vida de Ivan Demitovich»—su obra más conocida: un humano relato de los campos de concentración stalinianos—, de «El primer círculo» y «Sala de Cáncer», ha sido expulsado de la Unión Nacional de Escritores de la URSS por su comportamiento «antisocial». Sus manuscritos, prohibidos en la Unión Soviética, salían de contrabando hacia Occidente, donde eran publicados. El ataque en la Unión fue conducido por Vasily Matushkin: «Nuestros estatutos determinan que la Unión reúne a personas de la misma opinión, a todos aquellos que están construyendo el comunismo, dedican sus obras a tal propósito y siguen los preceptos del realismo socialista. Por estas razones, Solhenitsyn no tiene lugar en la organización de escritores. Déjesele trabajar fuera de ella. Por muy amargo que sea, Aleksandr Isayevich, hemos tomado caminos distintos y debemos separarnos de usted». Sergei Baranov, presidente de la reunión, abundó en estos propósitos. El escritor Yevgenii Martin trató de derivar la cuestión: «Tenemos en nuestra organización problemas superiores a los que plantea Solhenitsyn. Hay miembros de nuestra organización que no tienen departamentos donde vivir. Durante dos años, Abramov, un gran estadador, ha tenido a su cargo la organización...». La desviación no prendió. Otros continuaron la acusación. Solhenitsyn respondió: «Si no me gusta una de mis obras, las autoridades insisten en publicarla y en hablar de ella lo más posible. Pero si intento publicar "Sala de Cáncer" o "El primer círculo", se me prohíbe y un velo de silencio cae sobre ellas». Al alargarse su discurso, el presidente le interrumpió diciéndole que se había agotado el tiempo legal de uso de la palabra. El inculcado respondió: «Que se vaya al infierno el límite de tiempo. Se trata de una cuestión vital». Fue autorizado a continuar. «Los crímenes de Stalin—dijo—no pueden ser silenciados indefinidamente. Deben ser revelados. Debe uno pensar qué impacto moral puede tener en nuestra juventud el silencio sobre esos crímenes». Uno de los presentes le interrumpió para preguntarle: «¿Por qué sus obras se publican en el extranjero?», y el acusado respondió: «Pregúnteme primero por qué no se pueden publicar aquí. Estoy dispuesto no solamente a ser expulsado de la Unión, sino también a morir. Continúad adelante, vetad. Solo la mayoría. Pero no olvidéis que la historia de la literatura puede llegar a estar interesada en la reunión de hoy». El resultado del voto fue negativo para Solhenitsyn. Una gran campaña se levanta en Occidente para que la Unión anule su medida. Participan en ella los intelectuales progresistas y comunistas. Lord Bertrand Russell ha escrito una carta al jefe del gobierno soviético, Kossighin, en la que le dice que «si se confirma la sanción tomada contra Solhenitsyn, la posición de aquellos que en Occidente son partidarios de la guerra fría se encontrará reforzada». En «Rinocenta», semanario del partido comunista italiano, se dice que los ataques contra este escritor repten «la fórmula vacía y falaz en nombre de la cual tantos comunistas han sido perseguidos en la Unión Soviética».